

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes..... 4 reales.
Por tres id..... 11 »
Por un año..... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales
Por seis id..... 28 »
Por un año..... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año..... 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana,—jueves y domingo

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral. izq.º

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

¿DÓNDE ESTA EL DINERO?

Verdaderamente que el Sr Ardanaz no es gran cosa para ministro, mejorando lo presente.

Pero convénzase Vd. tambien de que al ministro de Hacienda no le ayudan gran cosa.

—¿Quién?

—Los partidos.

—¿Acaso los partidos deben ayudar á los ministros á hacer bancarrota?

—Hasta cierto punto.

Este diálogo no es mio.

Lo advierto así para que el lector no se estrañe de lo que va á oír.

Los partidos revolucionarios aseguran que la cuestion de Hacienda no tiene arreglo.

¿No es esto lo mismo que dejar al ministro solo?

No hay dinero. Esta lúgubre frase corre de boca en boca.

Y todos los que la pronuncian dejan paso en seguida á esta otra.

—¿Dónde está el dinero?

¡Vaya Vd. á saber dónde estará!

En vista de tanto alarde militar, sin saber dónde huye el dinero y se esconde, que el dinero es muy cobarde.

Ha dicho Adelardo Ayala.

Acaso el dinero huya á la vista de los alardes militares del casi pretendiente á la corona...

—¿Montpensier?

—No.

—¿Carlos VII?

—No.

—¿El de Portugal?

—¡Cá!

—No comprendo.

—El casi pretendiente es otro.

—¿Cómo se llama?

—Alfonso XII.

—¡Ah!

Lector, se lo aseguro á Vd. El dinero no está en España, porque se lo llevaron todo los moderados.

Sin duda por eso la opinion dice hace dias que los moderados vuelven.

No crea Vd. que esto significa desafecto á la revolucion. No crea Vd. que la opinion se declara en favor del niño de doña Isabel la Dativosa.

Es que la opinion sabe donde está el dinero.

Es que el deseo de que el dinero vuelva, hace temer la vuelta de los moderados.

¡Oh! ¡Qué interesada es la humanidad!

El grito de ¡abajo los Borbones! se ha perdido en el espacio.

Al año de consumarse la revolucion, se habla de D. Alfonso. (El niño ya tiene don.)

Y el dinero no está en España.

Cada vez que me pongo á observar, se me ocurren unas cosas tan raras...

Si las dijera, estoy seguro de que alarmaria al país.

Acaso me llamaran pesimista.

Acaso dijeran que queria explotar el rumor que corre para llenar una columna de periódico.

Acaso me tacharan de desconfiado.

No, no diré nada. Callaré por ahora, y únicamente haré una observacion, ó dos, ó tres, insignificantes.

¡No hay un cuarto!

No hay monarca.

El cadáver de la revolucion se descompone.

El emperador de los franceses es reaccionario.

La Hacienda no tiene arreglo.

Los isabelinos confían en el porvenir.

La nacion se cansa de esperar.

Las clases conservadoras se hacen las interesantes.

Los banqueros no quieren ayudar al gobierno.

Y La Epoca sonrie.

Si de todos estos apuntes puede sacar el lector una enseñanza provechosa, yo me alegraré mucho.

Y nó olvide el lector lo que ocurre.

Lo que ocurre es grave. El dinero ha huido de España, y los moderados están en la frontera.

Se habla ya en serio del hijo de doña Isabel.

Ayer le llamaban todos Puigmoltejo. Hoy le llaman algunos Don Alfonso.

¿Dónde está el dinero?

¿Dónde está?

¿Dónde?

¿Eh?

La contestacion la puede dar algun periódico conservador.

Yo no sé nada.

QUE SIGA EL ALIVIO.

No hay nada más novelesco que la realidad.

Quisiera recordar quién ha dicho esto, pero la memoria no quiere ayudarme. No sé si ha sido Walter Scot... pero en fin, eso importa poco. Lo que importa es la exactitud de la frase.

En efecto, no hay nada más novelesco que la realidad. Todas las situaciones dramáticas que puedan conmover al espectador en el teatro, por inverosímiles que parezcan, no tienen comparacion con las que en la vida real suelen dar tormento al caballero particular que vino al mundo á ser víctima de mil y mil cosas.

El vivir, ó hablando mejor, la vida es una comedia como otra cualquiera.

Somos como el personaje de Moliere, que hablaba prosa sin saberlo. Y en esta prosa de la vida suceden cosas tales, que no hay para qué contarlas.

¿Acaso no sabe todo el mundo que cada casa es una historia? Es frase usual y corriente entre nosotros los habitantes de este insignificante planeta.

En política, el sugeto tiene siempre dos vidas. La pública y la privada. Como si dijéramos, la que debe ser intachable aunque no lo sea, y la que no puede ser intachable aunque lo parezca.

¡Qué de novelas no se han hecho sacando partido de la vida privada de príncipes y reyes!

¡Qué de dramas no ha aplaudido el público, cuyo asunto principal era la vida íntima de este ó el otro personaje!

La humanidad es aficionada á la chismografía. Siempre lo ha sido. Todos deseamos saber lo que pasa en casa ajena, aunque no sepamos lo que pasa en la nuestra.

Por eso hay maridos que ven los cuernos de todo el mundo, y entretenidos en esta requisa, no se acuerdan de mirarse al espejo.

Por eso hay mujeres...

Pero esto va tomando el carácter de un estudio de costumbres, y no es eso de lo que se trata.

Se trata sencillamente de una observacion.

En estos momentos se representa en Francia un drama con ovedor en extremo.

Por más despiadada que sea la crítica política contemporánea, no hay manera de evitar que una persona reflexiva diga mirando hácia Saint-Cloud, residencia actual del emperador:

—¡Ah, pobre emperador, obligado á jugar con su salud para no hacer daño á la Europa!

Por poco que se estudie el estado de Napoleon III, se ve detrás de las paredes de Saint-Cloud una familia que sufre, que calla, y que...

La emperatriz ha anunciado un viaje. La salud del emperador empeoró precisamente en los momentos en que la emperatriz debía emprender su viaje. ¿Qué debía hacer la emperatriz?

La emperatriz, antes que tal, es esposa de Luis Bonaparte.

La esposa debía permanecer á la cabecera del lecho del enfermo. Esto era lo que el corazon decia...

¡Ah, el corazon! ¿Acaso los reyes deben tenerlo?

—No, dijo el emperador; la Europa sabe que vas á salir de Francia en dia dado. Si la Europa ve que no sales en ese dia, ¿á quién se le ha de ocultar que estoy enfermo de peligro? Vé, vé á donde ibas, y Dios velará por mí.

Y partió la esposa.

Figurémonos que el emperador se agrava, que su vida corre inminente peligro...

La emperatriz hace su viaje inquieta, desazonada... pero sonrie siempre.

Que nadie sepa lo que pasa en su corazon. Que nadie adivine tristeza en sus ojos. Es preciso que los aldeanos al verla pasar por sus aldeas la miren risueña y alegre, como si el emperador estuviera ligeramente indispuerto...

En tanto el emperador se revuelve en su lecho contando las horas, y entran los médicos, y salen, y las potencias europeas preguntan por medio de sus agentes qué ocurre, y los cortesanos del emperador tienen orden severa de decir que no ocurre nada...

¿No es esto un drama de familia? ¿No hay aquí algo de horrible, de tenebroso, de desconsolador y amargo?

El disimulo siempre. La ficcion constante. El afán de que la Europa no sepa nada. Como si sesenta años de vida azarosa no fueran bastante seguridad de que el imperio agoniza.

Por esta vez, parece que la enfermedad ha hecho crisis favorable, y que el emperador podrá ocuparse de nuevo en sus asuntos.

Pero mírese como se quiera, y se verá que la representación no ha concluido, que el drama no ha llegado á su desenlace, y que este desenlace no se hará esperar.

Y como de lo sublime á lo ridiculo no hay más que un paso, como todas las cosas por serias que sean tienen su lado cómico, en el drama de Saint-Cloud hay un detalle que no dice mucho por cierto en favor de la alta institucion que Bonaparte representa en el mundo.

Una de las esperanzas de Napoleon, de la Francia, acaso de la Europa, uno de los hombres que tienen en su mano la vida del emperador y por consiguiente el porvenir de la raza latina, es el doctor *Ricord*, famoso especialista de las enfermedades secretas.

EUSEBIO BLASCO.

## ¿ABDICA?

Comprendo que aun despues de más de dos siglos, desde que murió Galileo, nos empeñemos tenazmente en no dar descanso al sol, faltando así al respeto que la buena crianza nos prescribe hácia los ancianos; lo comprendo, sí, señor: porque de otro modo, los novelistas no podrían principiar sus obras, diciendo: «Acababa de salir el astro del día tras una vaporosa cortina de nubes...» O «El sol se hundía magestuoso en Occidente...» etc., etc.

Tampoco se me hace cuesta arriba que continuemos hablando del azul de cielo, por más que hace ya mucho tiempo probó el poeta Argensola, que:

«..... ese cielo azul que todos vemos ni es cielo ni es azul.....»

Pero lo que no comprendo, porque en ello ni la imaginación ni las galas poéticas tienen parte alguna, es, que haya quien se empeñe en sostener el error de que una reina que ha pasado ya á la categoría de *ex*, pueda abdicar en otro lo que no posee.

Todos los días nos dan algunos periódicos la misma música:

«Isabel II abdicar; parece que Isabel II no quiere abdicar; Fulano le aconseja que abdique; Mengano está en contra de la abdicación.» Y condimentados con este verbo tan insustancial en el presente caso, se guisan una porción de párrafos, que, si no suponen mala fé ó arrepentimiento de lo hecho, se pueden muy bien traducir por lo siguiente:

Aunque dijimos ¡A bajo los Borbones! tienen estos derecho para volver á encender la vergüenza en nuestro rostro.

Aunque hemos proclamado la Soberanía nacional, sobre este principio está el derecho divino de los reyes.

Aunque el valiente general Prim pronunció los tres soberbios *jamases*, tememos que la voz del general Prim se pierda en el desierto.

Y finalmente, si bien el pueblo español abatiera los escudos y coronas que representaban aquella odiosa dinastía, lo hizo por mero pasatiempo, por ocupar en algo la tarde del 29 de setiembre.

Seamos formales una vez siquiera, y desprecie los rumores y conatos de abdicaciones del género bufo.

¡Para abdicaciones está el tiempo!

Desde el punto en que Isabel de Borbon recibió la credencial de *ex-reina* no tiene nada que abdicar. Quien realmente la abdicó á ella, si esto puede decirse, fuimos nosotros.

Es verdad que los reyes siempre han sido y serán lo mismo. Nunca atienden más que á su derecho.

Para ellos el pueblo es un mendigo á quien se otorga alguna libertad por vía de limosna, pero nunca como derecho.

Entre los reyes y los pueblos se realiza constantemente la fábula del reparto del león: siempre se quedan los reyes con la mejor parte.

Por eso no me estraña que aquella opulenta, corpulenta y virulenta señora, tome por lo serio los consejos de abdicación y no abdicación, con que la asedian los que un tiempo la ayudaron á hacernos felices.

Es tan ridículo un rey, macho ó hembra, destronado por la espontánea voluntad de su pueblo, que prescindiendo de otras consideraciones, daría algo por verlos á todos en la clase de cesantes.

Pero aun hay una ridiculez mayor, y es la de creer á un mismo tiempo en la legitimidad del sufragio universal, y en los derechos del monarca destronado, para abdicar la corona.

Es el caso de aquella vieja que, queriendo estar bien á un mismo tiempo con Dios y con el diablo, les ponía una vela encendida á cada uno.

Dejemos en buen hora que el enemigo irreconciliable de la civilización moderna, Pio IX, la considere todavía como reina de España, por aquello de que ningun establecimiento quiere estar mal con los parroquianos que le dan mucha ganancia.

Hallemos natural que el conculcador de la libertad en Francia la reciba al son de la marcha real.

La historia del progreso tiene ironías profundísimas, y bien podría ser aquella marcha real el preludio de otra *marcha imperial*, con acompañamiento de la pieza que, en lenguaje musical, se llama *fuga*.

Lo confieso, yo soy partidario de las *marchas y fugas reales*, siempre que se verifiquen frontera afuera, y bajo este concepto mando mi enhorabuena al egregio emperador, deseando que toque pronto la *marcha* apetecida.

Por lo demás, perded toda esperanza, periódicos conciliadores; la *ex-reina* no quiere abdicar.

¿Os parece natural que á lo mejor de su edad, cuando los años dan prestigio á la corona, y esta á su vez disimula con su brillo la mella de los años, vaya á depositarla sobre la cabeza del imberbe sargento?

¡Cosas tenedes!...

¿Os parece poco agasajadora la esperanza de poder imitar á un varon tan eminente como fray Luis de Leon, en aquello de: «Decíamos ayer?»

Porque si Isabel la última volviera á ocupar lo que pomposamente se llama «el trono de los Recaredos;» con qué fruición no exclamaría: deportábamos ayer, fusilábamos ayer, protegíamos la superstición y el fanatismo ayer; hoy... seguiremos haciendo lo mismo.

Vamos, lo repito: ante estos espejismos de un corazón *ex-real*, la abdicación es imposible.

Es verdad que tambien el *Puigmoltejo* sabría hacer su papel á las mil maravillas.

Ha sido educado convenientemente.

Un día, hace ya algunos años, segun me han contado, estaban Isabel de Borbon y su hijo en un salon de palacio, acompañados de algunos *subditos* de confianza.

El niño jugaba á los soldados con una espada.

—Vereis qué penetración tiene el chico,—dijo la madre. Contesta hijo mio, ¿para qué guardas esta espada?

—Para matar infieles,—contestó el niño blandiendo el arma.

¿Comprendeis el sentido?

Republicanos, progresistas, mucho ojo, que aquí hay metáfora: los *infieles* somos nosotros.

PEDRO BOFILL.

## ¿EL CHIQUITIN?

Ya los isabelinos han declarado que estará aquí Alfonso dentro de un año.  
¡Qué travesura!  
ya nos sacó de apuros la criatura.

Vendrá (como Dios quiera) su alteza chica, y será un rey muy sabio si bien se mira; Por que desciende de monarcas muy doctos y muy decentes.

Dará paz á los pueblos á garrotazos, y meterá en la cárcel al ciudadano. Dará banquetes donde irán los toreros á darse un verde.

Protegerá las artes con mucho tino, premiando á quien le diga que es guapo chico. Y hará justicia transformando en señoras las bailarinas.

Saldrá por esas calles en régio coche llevando al lado un cura fresco y gordote. Dará comidas y hará algun atropello con la familia.

Amará, porque es cosa que á nadie veda la voz con que nos manda naturaleza.  
Y habrá en su boda fuegos artificiales bulla y chacota.

Gastará los caudales del pueblo ibero en fiestas religiosas y en alto clero; y el que no pague partirá á Filipinas que es el gran viaje.

No dejará en España ni un miliciano y hará mil generales de sus soldados. Con tal sistema casi siempre estaremos en pié de guerra.

Desiertos los talleres, yermos los campos, los cuarteles muy llenos y el vino caro, diremos todos que renacen los tiempos de pan y toros.

¡Oh, que feliz augurio corre en la villa! pronto el rey don Alfonso vuelve á Castilla. ¡Qué gran ventura! ¡Qué felices va á hacernos la criatura!

## NI UNOS NI OTROS.

¡Vanidosos! ¡Bobos! ¿A qué os cansais en decir todas esas cosas que decís con tal seriedad y con tal presunción?

Esto les pudiera decir el país á dos clases de hombres.

A los hombres de *La Iberia* y á los hombres de *La Política*.

Los hombres de *La Iberia* se han empeñado en probar que ellos han hecho la revolucion.

A lo cual dicen los hombres de *La Política*:

—La revolucion la hemos hecho nosotros. Seguro estoy de que el general Serrano, al leer estas cosas, habrá dicho:

—Sin que sea vanidad, me parece que la revolucion la he hecho yo.

Y estoy seguro de que el general Prim estará pensando:

—Entonces, ¿qué he hecho yo si estos señores lo han hecho todo?

Llegarán á conocimiento de la democracia estas baladronadas, y dirá con razon sobrada:

—La revolucion me pertenece.

A lo cual podrá objetar el partido republicano:

—¡Yo soy la revolucion! ¡Yo, y solo yo! ¡Todo el mundo lo sabe!

Y hé aquí que los cuatro partidos importantes de España tendrán sus pretensiones.

Y hé aquí que todos tendrán sobra de palabras para demostrar que ellos han hecho la revolucion de setiembre.

¡Qué obcecación!

O como diria el zarzuelero:

¡Qué falta de diplomacia!

Venid acá todos, tirios y troyanos, venid acá, sacudíos un poco y despertad de vuestro letargo.

¿Habeis creído por ventura que las revoluciones son como los sombreros?

¿Pretendeis ser los confeccionadores de la obra que el país ha llevado á cabo?

¿Cómo? ¿Por qué? ¿De qué manera?

Os lo aseguro, y para ello me pongo todo lo serio que el asunto requiere; las revoluciones no las hace nadie.

Las revoluciones se hacen solas.

Y si alguien las hace, no es un partido, ni dos, ni tres, los que contribuyen á derribar un trono y los que hacen el cambio. Es el trono mismo.

Doña Isabel II, como entonces se llamaba la reina

# UN NUEVO CANDIDATO.



—Vuestra Majestad nos honraria muy mucho, ocupando el trono que le ofrece España.  
 —¡Oh!!!!..... The of piktepuf michi colgun makhftmmen.  
 Que traducido al castellano quiere decir:  
 —Me escaman las colgaduras que tiene el trono de tu tierra.

de España, cayó, no porque nadie la empujara, sino por su propio peso.

No derriba el vecindario la torre ruinosa que se desploma á impulso de su pesadumbre; es el tiempo y su pesadumbre misma los que la inclinan y desploman.

Pudiera no haber existido un D. Francisco Serrano, ni un D. Juan Prim, ni un señor de Topete, y sin embargo, la revolucion se hubiera hecho.

¡Pues no se habia de haber hecho!  
 Fué una enfermedad que tuvo su principio, su periodo álgido, su agonía y su muerte.

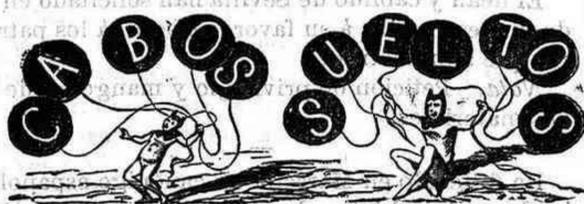
Fué una luz que ardió brillante y deslumbradora, y que se apagó poco á poco.

Acaso, acaso unos y otros dimos el soplo que acabó definitivamente la existencia de aquella luz moribunda; pero si hubiera sido tal su claridad que deslumbrara, ¿cómo hubiéramos podido apagarla?

No es fácil apagar el sol como se apaga una vela de esperma. Escupid al cielo y os caerá en la cara. Convenid con nosotros, hombres progresistas y hombres vicalvaristas y revolucionarios todos, en que no sois unos ni otros en detalle los que derrum-

basteis el trono. Tan carcomido estaba, que al menor grito de libertad que la nacion en masa dió en setiembre, se vino abajo hecho débil polvo que ni siquiera ruido produjo.

Las revoluciones no las hacen los hombres. Las encuentran hechas. Y lo importante es utilizar el hallazgo en bien de todos. Esto si que es meritorio... y difícil.



La Opinion Nacional dice con seriedad que la monarquía viene.

No sé por qué se me figura ver al colega cargado con la escalera de mano, y corriendo todo Madrid para ver llegar la monarquía.

¡Vaya que este año se le hace anticipada la broma!

Mucho se habla y se dice del nuevo candidato al trono.

Mucho se dice y se habla de una bella condesa que toma activa parte en la confeccion de dicha candidatura.

Ello parece ser cosa hecha. Y sin embargo, nadie se atreve á hablar claro de ello.

—¿Por qué?  
 —Porque el asunto de la monarquía es tan delicado que se quiebra con el aire, como decia del honor nuestro gran Calderon de la Barca.

Por lo pronto diremos que la nueva combinacion debe tener algo de verdad, supuesto que la sábia Epoca se ocupa de ella como de pasada.

Indudablemente en este secreto hay algo importante.

A los vicalvaristas no les ha parecido bien. Esto me hace creer que no será cosa tan mala como lo de Montpensier.

En fin, hallá veremos. Pronto, dicen personas bien informadas, hemos de salir de dudas.



Ya han contestado todos los obispos. Ya obran en la secretaría de Gracia y Justicia todas las respuestas.

El drama ha terminado. Ahora entramos de lleno en el sainete.

El Consejo de Estado estudiará el asunto, y después de estudiarlo, absolverá á sus ilustrísimas.

Sus ilustrísimas se *regodearán*.

El gobierno se quedará muy satisfecho de haber hecho *lo procedente*.

¿Y el país?

¡Oh! El país está ya convencido de que no hay gobierno que se atreva con el clero.

Y el país se ríe.

Como me río yo.

Como se ríen los extranjeros. Como se ríe el mundo.

¿De qué sirve decir *viva España con honra*?

Si el gobierno de España con honra es juguete del obispo A ó B, ¿dónde está la honra?

¡Oh santones revolucionarios! Más os valiera haber gritado en setiembre:

—¡Viva España con obispos!

Los obispos, en tanto, procuran hacerse agradables á los ojos del gobierno.

¡Te veo, besugo!

Al llegar Ruiz Zorrilla á Palencia, salió el obispo á recibirle.

Hay quien dice que salió con un trabuco. Pero estos son rumores que carecen de fundamento, como carece de fundamento el gobierno.

También al general Prim le salió á recibir un obispo en San Sebastian.

Solamente que éste no logró decirle nada al general, porque el pueblo que se estaba agolpando en la estación del ferro-carril, comenzó á gritar dirigiéndose al presidente del Consejo:

—¡No le oigas!

—¡No te fíes!

—¡No le hagas caso!

—¡Fuera el obispo!

Y cosas por el estilo.

Convenid conmigo, lectores liberales, en que el clero está en baja por mas esfuerzos que hace para no estarlo.

De nada le sirve á Manterola no haberse dejado bigote. Los canónigos están en decadencia como los cómicos españoles.

Ya que hablamos de cómicos, recordaremos que Salvini está de nuevo entre nosotros.

*La morte civile* ha sido la obra elegida por él para hacer su segundo *debut* en Jovellanos.

Cuanto se pueda decir acerca del mérito de este artista es pálido ante la realidad.

Es D. Julian Romea en sus buenos tiempos. Con esto está dicho todo.

El público se conmueve con el drama. ¿No decían algunos que el gusto del público estaba *estrágado*, y que ya no gustaba en Madrid mas que el género bufo?

Siempre lo hemos dicho. El público aplaude todo lo que debe aplaudir, y no puede menos de conmovirse con aquello que está artísticamente hecho.

Por eso reparamos que las mismas personas á quienes hace muy pocas noches veíamos reírse estrepitosamente oyendo *Barba azul*, lloran desconsoladamente estas noches oyendo *La morte civile*.

Deme Vd. un autor dramático de primera fuerza y un actor como Salvini, y yo le respondo á Vd. de que el público se conmovirá siempre.

Pero si no hay mas que autores *bufos* y obras *bufas*, ¿qué ha de hacer el público?

Ir á ver las obras que le dan en los teatros. En alguna parte se han de ver las gentes y se ha de pasar la noche.

Parece que el Sr. de Terso ha renunciado por ahora á la lucha, esperando circunstancias más favorables.

Me gustan los carlistas porque son consecuentes. Desde 1840 acá, no hacen más que esperar circunstancias más favorables después de cada paliza.

¡Oh! ¡La esperanza es una gran virtud!



Hemos recibido otra serie de desvergüenzas firmadas por B. T., cuyo B. T. se supone autor de las que citábamos en nuestro número anterior.

Poco á poco, señor mío: no usurpe Vd. las insolencias ajenas.

Los desvergonzados son dos: Vd., y el que nos escribió primero.

Basta de anónimos.



*La Iberia* preguntaba el jueves á *La Política* si estaba ó no dentro de la revolución de setiembre.

¡Está! ¡está! ¡está! ¿No está Posada Herrera?

Pues está *La Política*.

Dentro de la revolución de setiembre hay gente que pagó su entrada, y hay convidados; ¿no lo sabe *La Iberia*?

Esos convidados á la revolución son los que llegan con más exactitud á la hora de comer.



Cierta parte de la prensa se muestra enojadísima con los republicanos, cuyas masas dice que se agitan de nuevo, y á cuyas doctrinas atribuyen mil calamidades.

En efecto: un republicano acaba de declarar que no moriria de empacho de legalidad; otro preguntaba ayer si al dar al pueblo derechos se le daba algun pedazo de pan; otro se ha comprometido en un negocio feísimo de 30.000 cargos de piedra, y ha sido condenado por los tribunales; otro acaba de escaparse, después de dar su palabra de honor de que no se moveria; otro acaba de ametrallar las Cortes Constituyentes... En fin, la patria llora hace largos años los funestos efectos de la propaganda republicana, y es preciso acabar de una vez con ese partido, que nos ha empobrecido, perturbado y deshonrado.

¡Ajá! Me parece que sin vanidad podria yo escribir en cualquier diario monárquico.



Los carlistas se han desengañado mil veces de que no podia ser rey Carlos VII.

Los montpensieristas se han redeseñado de que Montpensier no será monarca.

¿A quién le toca ahora el desengaño? ¿Al de Génova?

¡Que se le den!

Está visto: la república es imposible.



Parece que se ha urdido una gran conspiración en el extranjero.

El objeto es engañar al tierno duque de Génova, haciéndole creer que los españoles le aman.

¡Qué hombres los nuestros! ¡En vez de consolidar la obra de la revolución, se entregan al abuso de menores!

Este otro duque tiene 16 años.

¡Como la *Graziella* de Lamartine! ¡Como Atala! ¡Como Virginia!

Que le hagan protagonista de novelas dulzonas, pase; pero rey...

¡Qué te la pegan, chico!



El dean y cabildo de Sevilla han solicitado en balde una escepción á su favor, respecto á los patronatos que administran.

*Nota.* Petición de privilegio y mangoneo de bienes materiales.

Ha fallecido en Marsella un canónigo español, dejando varios objetos de valor, entre ellos un título del 3 por 100, de cien mil reales.

*Nota.* Por eso dice el cura de Tarazona que no hay clérigo que tenga lo indispensable para vivir.

Un párroco de la provincia de Gerona ha interrumpido recientemente la misa que decia, para hacer

saber á sus oyentes la contribucion anual que por su propia autoridad les habia impuesto para mantener su casa.

*Nota.* Por eso dice *La Regeneracion* que dentro del catolicismo hay solución para todas las cuestiones.

Otro clérigo del mismo país ha recibido ya veinticinco cuarteras de trigo, producto de esa contribucion, y otro cura de La Bisbal ha intentado resucitar el diezmo.

*Nota.* Por eso los prelados aseguran que el pobre clero solo se ocupa de cosas divinas.

A un sacerdote preso el 29 en Barcelona por conspirador carlista, se le encontraron obligaciones del empréstito del *terzo*, por valor de unos 100,000 francos.

*Nota.* Por eso afirma el obispo de Tarazona que es imposible que ningun clérigo se haya interesado en dicho empréstito.

¡Ah! ¿Será posible que haga digna ó juiciosa el sacerdocio cosa alguna, cuyo objeto no sea el privilegio y el dinero? No.



Ahora le ha dado á *La Política* por contarnos lo desazonada que está doña Isabel de Borbon y las lágrimas que derrama.

Hombre, por favor, eso ó es burla ó es ganas de hacer interesante á los ojos del país á dicha señora.

¿En qué quedamos?

Cualquiera de las dos cosas implica torpeza, pero gran torpeza.

Doña Isabel de Borbon no existe ya para los españoles.

Nombrarla, es como remover huesos de muerto.



La congregacion del Indice acaba de prohibir cuatro obras: una de teología moral, escrita por un obispo; una sobre el poder temporal, escrita por un arcipreste; una de higiene, escrita por un catédrico, y una de derecho público, escrita por un conde.

¡Con que ni el clero, ni la aristocracia, ni la enseñanza oficial profesan ya ideas compatibles con el pontificado!

Solo de la viña Chassepot puede esperar frutos sabrosos el Vicario de Cristo.



El ayuntamiento de Viena ha votado por unanimidad una proposición en que pide á las Cortes la supresion de todas las órdenes religiosas.

¡Cosa particular! Donde existen esas órdenes... no puede haber orden.



Se asegura que la actriz incógnita que piensa presentarnos Arderius es muy guapa.

Si gusta la voz al público se descubrirá.

Si no gusta se volverá á París.

Me alegraré de que guste por verle la cara.

Y si no, como mi afán da sido siempre desenmascarar á la gente, haré con ella...

Pero no; puedo encontrarme con alguna reina transeunte y me la van á pedir los progresistas.

¡Oh! ¡Que no guste! ¡Que no! Si fuera...

## PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Gastro-nomo*.

### CHARADA.

En la Audiencia encontrarás mi primera con segunda,

y mi sílaba tercera en general poco gusta.

Es diptongo y es pronombre mi cuarta sin quedar duda;

y mi todo es el derecho á que el libre no renuncia.

(*La solución en el próximo número*).

MADRID: 1869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.